

LA LEYENDA DE TZUJ YAAH

(La Hija del Xocomil)

José González Godoy Guatemala, diciembre 2013

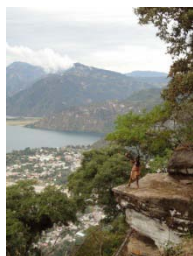


El gran amor que unía a Utzil y Zacar y la gran dicha y felicidad de la que gozaban después de que los Grandes Abuelos, las Grandes Abuelas, el corazón del Cielo y el Corazón de la tierra se habían unido en sus acuerdos para transformarlos a ella en una suave y tibia briza y a él en viento huracanado que al perseguirse entre sí en el crepúsculo forman el viento arremolinado que los habitantes de los pueblos mayas que rodean al Lago de Atitlán conocen como el Xocomil, hacía que en sus mentes no existieran recuerdos ni de las penurias ni de las hazañas por las que tuvieron que atravesar antes de llegar a éste momento de éxtasis. A ese momento en que ellos estaban por encima de las leyes de la naturaleza. Ellos eran la naturaleza misma.

Estaban tan embelesados en ellos mismos como pareja, que no ponían atención en nada ni nadie que no fueran ellos. Ni siquiera en Toj, El Gran Lagarto, que convertido en el vapor de agua del Lago de Atitlán, los miraba sonriente, satisfecho de la felicidad que los embargaba, mientras él era igualmente feliz viendo a todos los pueblos mayas como un solo territorio, sin que el símbolo de división que para él simbolizaba la isla Kulbat Abaj (K'ulb'at ab'aj) existiera.



Entrada la tarde, antes del crepúsculo, Utzil se deleitaba viendo a su amada Zacar desplazarse femeninamente, suave y despacio por las orillas del Lago de Atitlán el cual se encontraba tranquilo, sereno e impasible, como un gigantesco espejo plateado mientras que los majestuosos volcanes hoy llamados San Pedro, Atitlán y Tolimán estaban pintados de un azul profundo que se reflejaban sobre la plateada agua transformándose en el color turquesa más lindo que pueda existir, colores a los que se añadían largos reflejos de color oro, rojos y púrpuras de los mágicos celajes del atardecer con que los dioses han bendecido esa tierra maya.



A esa hora Utzil siempre acostumbraba sentarse a observar la gracia de su amada Zacar desde el lugar que como gran guerrero kakchiquel había escogido como su atalaya o sea un lugar en lo alto de la montaña para observar a los en ese tiempo sus enemigos, los guerreros tzutujiles, la cual estaba situada al otro lado del lago frente a los volcanes, lo que le permitía ver desde allí al mismo tiempo los dominios kakchiqueles, tanto a la derecha como a la izquierda, mientras que al frente podía ver los dominios de los tzutujiles.



Semetabaj sitio
arqueológico

Pero lo más importante, a sus espaldas, tenía la ciudad sagrada secreta más importante de la nación kakchiquel y la que él había jurado defender con su vida. En ella se encontraban los montículos mayas que los kakchiqueles habían heredado de los abuelos de sus abuelos. En ella se guardaban las raíces del pueblo kakchiquel. En ella se guardaban las raíces de sus hermanos quiches y las de sus hermanos tzutujiles aunque en ese momento grandes guerras los separaban. En ella se encontraban los secretos de las raíces de la cultura de los pueblos mayas de las tierras altas.

La Ciudad Sagrada solamente era del conocimiento de unos pocos, quienes lo habían recibido directamente del Ajpop Kukumatz (Q'uj'umatz), entre quienes se encontraban los principales del linaje kakchiquel Sotzil (Sotz'il) y el Ajpop Quiché Kicab (K'iqab) del linaje de los Kaweq.



Iximché



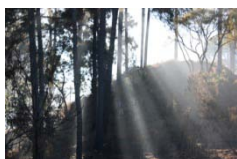
Fue el compartir los conocimientos religiosos, científicos y matemáticos lo que creó un gran respeto y amistad entre los Ajpop Quichés y Kakchiqueles y fue por lo mismo que cuando se rompió el acuerdo entre ambas naciones, el Ajpop Kicab (K'iqab) no traicionó a la nación Kakchiquel. Sino que por el contrario les informó el peligro que corrían en Chi Awar, hoy Chichicastenango, y les recomendó que se asentaran al pie del cerro Ratz'an Ut en lo que hoy es Iximché, retirados de la Ciudad Sagrada aconsejándoles que se dieran a la tarea de enterrar las pirámides y montículos, así como los sitios sagrados para que estos no pudieran ser encontrados fácilmente y evitar que fueran destruidos por las guerras que se veían venir entre todos los hermanos mayas Quichés, Kakchiqueles, Tzutujiles y otros. Además de las guerras internas de cada nación.

Y especialmente porque las profecías hablaban de extranjeros con armas y enfermedades extrañas que llegarían ya por ese tiempo con intenciones de dominar y destrozarse a las naciones mayas.



Ceiba en San Andrés
Semetabaj

Utzil recibió la información de la Ciudad Sagrada directamente de los Grandes Abuelos y de las Grandes Abuelas a través de su Ah Tzité, indicándole que dicha Ciudad Sagrada correspondería a la Ciudad de Tz'ololya' localizada alrededor de un gran árbol a las orillas de lo que hoy es el Lago de Atitlán por lo que el área se conocería como Panimaché que significa lo mismo. Árbol Grande.



Semetabaj sitio
arqueológico

Para despistar a los posibles atacantes, los Ajpop que compartían ese secreto dispusieron enterrar la Ciudad Sagrada Tzololyá (Tz'ololya') localizada en Panimaché sobre la que se construyó mucho tiempo después el asentamiento de San Andrés Semetabaj y procedieron a construir un segundo asentamiento con el mismo nombre pero en diferente lugar, el que hoy se conoce como la Ciudad de Sololá.

Para hacer la tarea y cuidar la Ciudad Sagrada, los Ajpop designaron a los trece mejores hombres kakchiqueles y a las trece mejores mujeres kakchiqueles. A sus mejores representantes. A los más sabios, los más inteligentes, los más trabajadores, los más leales, pero especialmente los designaron por ser los de mejor corazón y por respetar a los Grandes Abuelos y a las Grandes Abuelas y por amar la

naturaleza, el lago y los volcanes. Designaron a los trece hombres y a las trece mujeres que más amaban la paz.



La propia atalaya de Utzil era un sitio importante desde el punto de vista militar, político y religioso. En la parte superior destacaba una plataforma cuadrada de piedra la cual permitía a un grupo de guerreros permanecer cómodamente mientras miraban hacia el lago y los volcanes y sobre la cual podía observarse una gran piedra tallada como la cabeza de una serpiente, mirando hacia la caída del Sol.



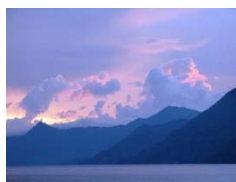
La plataforma estaba asentada sobre un gran rectángulo vertical de piedra de trece metros de alto labrado con glifos mayas, que en conjunto con la cabeza representaban al Ajpop Kukumatz (Q'uj'umatz) velando por los doce pueblos mayas que rodean al Lago de Atitlán.,

En su lado izquierdo la plataforma había sido tallada para que una esquina señalara directamente al sur, hacia lo que hoy llamamos el volcán de Tolimán y la esquina de la derecha para que señalara hacia lo que hoy es Sololá.



Esto con el propósito de identificar el área que era del dominio Tzutujil a quienes debían vigilar, y el resto, desde lo que hoy es Sololá, siguiendo las agujas del reloj, pasando por muchos pueblos y lugares hasta terminar en lo que hoy es conocido como San Lucas Tolimán. Lo cual correspondía al dominio de la nación Kakchiquel, al que sus invencibles guerreros habían jurado defender aún a costa de sus vidas.

Toda la historia y las situaciones antes descritas es lo que menos estaba en la mente de Utzil y Zacar. Era lo que menos podía importarles. Utzil solo tenía ojos y corazón para su amada Zacar, y ella, solo tenía ojos y corazón para su amado Utzil. Todo lo demás no existía.



Estaba a punto de levantarse Utzil de su atalaya para empezar a perseguir a Zacar como todos los días, cuando vio que ella se acercaba hacia él, por lo que permaneció inmóvil y ella llegó a recostarse a su lado entre sus brazos. Ambos se quedaron inmóviles gozándose el uno al otro. Ese atardecer los moradores de los pueblos alrededor del Lago de Atitlán no observaron el Xocomil, lo que les causó extrañeza. Todo permaneció en calma. No había viento huracanado. No había ruidos. No había cantos de cenizales. No había guardabarrancos. No había el menor sonido. Ambos quedaron profundamente dormidos.

Un rayo de luz de luna sobre los ojos de Utzil lo despertó mientras Zacar seguía dormida. Utzil la despertó suavemente y le dijo: Algo me parece extraño esta noche. Los pájaros no cantan ni vuelan, los coyotes no aúllan, ni siquiera los grillos y ni las chicharras hacen ruido. Nunca antes eso había sucedido! Exclamó. Zacar simplemente le contestó: ¡Todos tienen derecho a descansar alguna vez! Y siguió durmiendo.

Junto con Utzil se despertó su instinto guerrero. En un segundo vinieron a su memoria todos los recuerdos de como él no pudo terminar la hazaña de desgranar en el aire una mazorca de maíz con doce flechas y como todo mundo estaría pensando que él raptó desde Kumarcaj (Q'umarkaj) a Zacar, la bella hija del Ajaw Pocón, temiendo que los Quichés tratarían de rescatarla y de tomar venganza.

Depositó suavemente a la dormida Zacar sobre la plataforma de piedra de su atalaya e instintivamente con la fuerza que le caracterizaba se elevó por los aires como un torrente de aire arremolinado hasta la altura donde podía ver todos los alrededores de la Ciudad Sagrada.



Nooooooooo!! Gritó con todas sus fuerzas, que hicieron que todo el cielo se oscureciera apareciendo rayos y truenos que iluminaban el lago y sus alrededores. ¡Son nuestros enemigos los Quichés que han encontrado la Ciudad Sagrada! ¡Están en guerra contra los Kakchiqueles! ¡Los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas me mintieron! ¡No hay paz, la guerra continúa! ¡Pero hoy van a conocer lo que es un verdadero huracán!! ¡Van a conocer mi fuerza!!!!

Al igual que todos los habitantes alrededor del Lago de Atitlán Zacar también se despertó asustada. Subió por los aires suave y tranquilamente como era su naturaleza. Observó lo que estaba sucediendo y regresó a la atalaya desde donde le gritó a Utzil: ¡La violencia que desataste en Kumarcaj (Q'umarkaj) no te permitió completar tu proeza ofrecida a los Grandes Abuelos y a las Grandes Abuelas! ¡La violencia que pretendes ahora hará daño a Quichés y Kakchiqueles por igual!! ¡La violencia no traerá la paz! Y si tu peleas en contra los Quichés estarás peleando contra mis hermanos porque yo soy una mujer Quiché. ¡La violencia traerá daño a nosotros dos!! ¡Recuerda que Toj hundió la isla Kulbat Abaj (K'ulb'at ab'aj) para que todos los mayas pudiéramos vernos como una sola y fuerte nación! ¡Para que fuéramos un solo pueblo! ¡Para que nos viéramos como lo que somos! ¡Hermanos!

Utzil se quedó estático. Las palabras habían atravesado su mente y su corazón como flechazos profundos. No sabía que decir. No sabía cómo actuar. ¿Qué hacemos entonces? Preguntó.

Los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra nos hicieron una promesa respondió Zacar. Llamémoslos a ellos. Invoquémoslos a ellos!

Utzil regresó a la atalaya y desde allí invocaron a los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra que inmediatamente se hicieron presentes y escucharon sus angustias, los entendieron y dijeron lo siguiente:

Una naturaleza huracanada como la tuya Utzil no puede detener a un ejército o a un pueblo sin hacer daño al otro. Una naturaleza suave y tierna como la de Zacar no puede detener a uno o dos ejércitos encolerizados y confundidos. Pero nosotros tenemos la solución para que la promesa de una nueva oportunidad de paz entre Quichés y Kakchiqueles dada a Ustedes por nosotros pueda darse. Y tu Utzil tendrás la nueva oportunidad de realizar la proeza ofrecida a nosotros y que no has podido cumplir. Ahora tendrás la oportunidad de cumplirla por la paz de las dos naciones y en general por la paz de la nación maya.



Los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, y el Corazón del Cielo y el Corazón de la tierra continuaron hablando a Utzil y a Zacar así: Te ordenamos –dijeron a Utzil– que desde éste momento vayas de pueblo en pueblo alrededor del Lago de Atitlán y tomes una flecha de cada uno de ellos. Al final tendrás doce flechas distintas. Prepáralas con tu arco y tenlo listo para cuando te lo ordenemos. A ti Zacar, te damos las gracias por haber hablado con palabras sabias a Utzil y haber calmado su temperamento. A ambos les ordenamos que al regresar Utzil con las doce flechas ambos pasen solos la noche dormidos aquí en la atalaya. Que duerman nueve horas. Cuando Ustedes despierten nosotros estaremos aquí con Ustedes sin que nos tengan que invocar. ¿Han entendido? Preguntaron. Ambos respondieron que si con gestos. Y Utzil salió presto a conseguir las doce flechas mientras Zacar embellecía y preparaba con hojas de pino el lecho donde iban a pasar la noche. Al regresar Utzil, Zacar ya estaba dormida y él la abrazó tiernamente y ambos quedaron confiados y profundamente dormidos.

El primer rayo de luz del siguiente día despertó al mismo tiempo a Utzil y a Zacar quienes despertaron sobresaltados. Al abrir sus ojos se vieron rodeados por los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, y el Corazón del Cielo y el Corazón de la tierra quienes sonreían tiernamente iluminando la atalaya de Utzil con ese resplandor que solo la felicidad puede hacer brillar y que a pesar de ser de día podía observarse el brillo desde todos y cada uno de los pueblos que rodean al Lago de Atitlán. Instantáneamente ambos Utzil y Zacar se estremecieron al sentir entre de ellos algo suave y tierno que los separaba pero que al mismo tiempo los unía como el más poderoso imán que pudiera existir. Como algo diferente a ellos pero al mismo tiempo como si fueran ellos mismos.



La Gran Abuela se acercó a ellos con la más dulce sonrisa y les dijo: ¡Es vuestra creación! ¡Es vuestra hija! ¡Y a quien de aquí en adelante llamaran Tzuj Yaah que significa “Gotitas de Agua” en el idioma de sus padres y de sus abuelos!

¡Utzil y Zacar se vieron directamente entre de ellos y con una tremenda sonrisa dibujada en sus rostros y lágrimas en sus ojos mostraron su amor profundo del uno por el otro y juntos dirigieron su mirada a la bienvenida Tzuj Yaah a quien tocaron con tanto amor y ternura como la cosa más suave y delicada que pudiera existir en este mundo!

Utzil exclamó: ¡Pero es blanca! ¡Es perfectamente blanca y nuestras pieles indígenas siempre han sido más oscuras que claras!

El Gran Abuelo le respondió sonriente y con un aire de sabiduría en su semblante: ¿Que más pudiera nacer de la unión de un viento huracanado como tú y una brisa suave y tierna como Zacar con el corazón más puro del universo? Solamente podría nacer Tzuj Yaah que como gotitas de agua formará una agradable niebla blanca y pura que significará la pureza, el amor, la paz y tranquilidad. ¿Como más podría ser? ¡Ella no tiene piel por lo que puedes ver directamente hacia su corazón! El color de la piel está dado por muchas circunstancias pero siempre impide que pueda verse lo que realmente hay en el interior, y es por eso que no debe de tomarse en cuenta. ¿Comprendes? Preguntó el Gran abuelo. Utzil asintió con un gesto y una gran sonrisa mientras no dejaba de ver a Tzuj Yaah.



La Gran Abuela se dirigió a Zacar y con una sonrisa en su rostro pero con gesto autoritario le ordenó: Como madre y como la brisa suave y tierna que eres serás la responsable desde este preciso momento de llevar a pasear a Tzuj Yaah entre las montañas, cerros y barrancos alrededor de la Ciudad Sagrada.



La dejarás jugar libre y tranquilamente en la mañana y en la tarde. Pero deberás regresarla contigo al medio día para que la luz del sol llegue libremente hasta la madre tierra para que los sagrados alimentos de tus hermanos quichés y kakchiqueles puedan brotar y florecer para asegurar su sustento. La seguridad del sustento es la paz para la gente honrada. Anda ya con ella.

Mientras esto sucedía, los guerreros Quiches que Utzil había visto alrededor de la Ciudad Sagrada habían regresado a avisar a su Ajpop que habían descubierto la Ciudad Sagrada donde se decía se encontraba Zacar.



Sin perder tiempo el Ajpop organizó a sus mejor hombres, a sus mejores guerreros, a sus mejores mujeres y les proporcionó cargamentos con sus mejores alimentos donde se incluía el mejor maíz, el mejor frijol, y sus mejores semillas de otras plantas comestibles por si la guerra se prolongaba como había sido siempre en las guerras contra los Kakchiqueles las cuales en ocasiones habían durado hasta más de ocho años. Y sin perder el tiempo partieron hacia la Ciudad Sagrada.



Cuando los guerreros del ejército quiché y sus mujeres llegaron a las montañas más altas que rodean Panimaché se detuvieron maravillados a observar como una espesa niebla, blanca y pura, compuesta por gotitas de agua iba cubriendo despacio, poco a poco, los barrancos y montañas más cercanas a la Ciudad Sagrada como llevada de la mano por una brisa tierna y suave que guiaba su camino. Vieron como la Ciudad Sagrada era cubierta bajo un suave manto blanco.

Hombres y mujeres exclamaban ¡Ciertamente esa ciudad es mágica! ¡Es Sagrada!!

Extrañamente no sintieron ese temor y ese nerviosismo que precede a los combates. No sentían miedo. Su objetivo y sus órdenes los obligaban a seguir avanzando hacia la Ciudad Sagrada. La frescura de la blanca niebla calmaba sus ánimos. Y sus tambores de guerra fueron acallados y se internaron en la blanca niebla. Ellos sabían que así como ellos no podían ver tampoco podrían ser vistos. Pero si podrían ser oídos por lo que caminaron en el mayor silencio posible. Pero entre más caminaban hacia la Ciudad Sagrada más espesa era la niebla hasta tal punto que no podían ver sus propios pasos ni a las personas que llevaban adelante, ni atrás ni a los lados. Y lo más peligroso, no podían ver los grandes barrancos que rodeaban el camino.

El camino se volvió lento y por lo tanto cansado. Al bajar de las montañas llegaron al primer valle que encontraron en lo que ya era Panimaché. Y el Ajpop a cargo comprendió que su ejército no podría dar un paso más en esas circunstancias y ordenó que detuvieran sus pasos y acamparan en ese valle. Y así lo hicieron. Instalaron guardias alrededor del área donde acamparían y construyeron sus refugios básicos para guarecerse del frío que azotaba el lugar, resguardaron los alimentos que llevaban y después de tan ardua tarea se dispusieron a descansar primeramente las mujeres así como la mitad de los guerreros que compartirían turnos de vigilancia y descanso con la otra mitad.

Recién habían terminado de acomodarse, cuando la blanca niebla empezó a disiparse y los primeros rayos del sol empezaron a calentar los músculos de los cansados guerreros. El Ajpop empezó a gritar: ¡Este es el momento!! ¡Este es el momento!! Y Ordenó que el campamento fuera levantado. Que todo y todos estuvieran listos de nuevo para iniciar el camino hacia la Ciudad Sagrada. Y así se hizo. Hombres y mujeres corrieron y trabajaron arduamente y en menos de tres horas el ejército estaba listo para seguir su camino de nuevo. El Ajpop se colocó en la parte más alta y empezó a arengar a su ejército, a darles palabras de ánimo. A motivarlos.



Estaba a punto de dar la orden de partida para que el ejército iniciara de nuevo la caminata, cuando de pronto gritó: ¡Nooooooooo! ¡Nuestros Dioses no nos están ayudando el día de hoy! Y levantó su mirada al cielo al mismo tiempo que todos lo hicieron y vieron como de nuevo esa dulce niebla blanca empezaba a cubrir de nuevo el valle, los caminos, los barrancos y las montañas.

Lo mismo sucedió en la siguiente semana todos los días. No podían moverse del lugar. El Ajpop dio la orden a doce guerreros que avanzaran a como pudieran para ir a investigar el camino hacia la Ciudad Sagrada y que regresaran para guiar al ejército. Inmediatamente los doce guerreros partieron a cumplir su misión.

La blanca niebla siguió impidiendo que el ejército pudiera movilizarse. Y lo mismo sucedió por otra semana, por otro mes. El Ajpop se dio cuenta de que esa situación sería insostenible. Que de seguir así no solo no podrían completar su misión de rescatar a la bella Zacar, sino que los alimentos empezarían a escasear y podrían morir de hambre, por lo que ordenó que hombres y mujeres empezaran a sembrar la tierra. Y así empezaron a sembrar maíz, frijol, aguacate y yerbas comestibles.

Pasaron cuatro meses y la situación fue la misma. Había ratos de sol que permitían sembrar y cuidar las cosechas. Que permitía cazar y capturar animales los cuales empezaron a ser criados para asegurar la alimentación.



En uno de esos días, cuando la blanca niebla permitió la entrada del sol, muchas mujeres corrían y saltaban con mucha alegría porque la primera cosecha de frijol se había logrado. Muy felices llevaron vainas de frijol al Ajpop quien mostró su felicidad por el buen frijol cosechado lo que garantizaba el alimento para los hombres y mujeres, pero por otro lado mostró tristeza al darse cuenta de que ya habían pasado cuatro meses y que los doce guerreros que habían partido a investigar el camino no habían regresado. Y no regresaron nunca. Se habían perdido en la niebla.



Pasaron más semanas y más meses y la situación no cambió. Ya el calendario maya tzolkin de doscientos sesenta días había dado una vuelta entera. Y fue cuando nuevamente durante un periodo de sol llegó la felicidad a los nuevos asentamientos quichés en Panimaché alrededor de la Ciudad Sagrada. Las mujeres y los hombres gritaban de felicidad. Casi la población entera caminaba hacia el Ajpop. Iban todos juntos gritando, cantando y bailando. Había música con las marimbas construidas con la propia madera del lugar. El tun sonaba más fuerte que nunca y el tzicolaj antecesor de la chirimía no sonaba melancólico. Sonaba alegre. Los hombres iban adelante con los brazos llenos de grandes mazorcas de maíz. Era la primera cosecha del sagrado alimento brindado a los mayas por los creadores. Era la primera cosecha del maíz, la misma semilla con que los primeros mayas habían sido hechos.



Los hombres se hincaron ante el Ajpop y colocaron su frente en el suelo mientras que con sus brazos extendidos presentaban las mazorcas de maíz como una ofrenda, no para el Ajpop, sino para los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas que los habían cuidado por todo este tiempo.

El Ajpop dirigió su mirada a las mazorcas de maíz y a los hombres postrados frente a él por lo que ya no tapaban a las mujeres que venían atrás de ellos dejándolas ver con claridad y al verlas el Ajpop cayó hincado y empezó a llorar frente a todos sin la más mínima vergüenza. ¡Los hombres se levantaron y lo rodearon ayudándolo a ponerse de pie y después sentándolo en una silla elaborada con la misma madera del lugar con que habían construido las marimbas! Mientras, él no dejaba de llorar.



Una a una las mujeres fueron pasando frente a él presentándole a sus hijos, la nueva generación quiché en Panimaché que junto con el maíz acaba de nacer, mientras el Ajpop sin dejar de llorar abrazaba y besaba a cada uno de los niños. En su gran sabiduría el Ajpop estaba consciente que en ese momento se estaba revelando el destino que los Grandes Abuelos, las Grandes Abuelas, el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra tenían para su pueblo. La nación Maya Quiché seguiría creciendo. El maíz y el frijol los seguiría alimentando.

En ese momento ni el Ajpop ni los guerreros ni nadie pensaban en la guerra. Solo había risas, cantos, bailes y felicidad por la nueva generación que junto a la primera cosecha del maíz estaban asegurando el futuro del pueblo Maya Quiché.



Zacar compartía esa alegría y no dejó que Tzuj Yaah jugara mas por las montañas y barrancos de Panimaché y el sol brilló todo el día hasta que después de mostrar sus más lindos celajes con infinidad de colores, más de los que pueden lograrse con una acuarela, cedió su turno a la noche, la que inmediatamente fue iluminada por la luz suave y brillante de la luna llena mientras que la fiesta, la alegría y las ceremonias de agradecimiento continuaban.

Como todos los días por la mañana cuando los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas visitaban a Tzuj Yaah en la atalaya de Utzil, éste pidió a los Grandes Abuelos hablar un momento con ellos mientras Zacar y las Grandes Abuelas platicaban entre de ellas alrededor de Tzuj Yaah.

Las palabras de Utzil fueron estas: No deseo molestar ni ofender a Zacar, pero la verdad es que estoy preocupado por los nuevos pueblos quichés que se han asentado alrededor de la Ciudad Sagrada, la que prometí proteger con mi vida. Ya saben dónde está la Ciudad y siendo más cada vez, ellos no tardarán en encontrarla y atacarla. ¿Qué me aconsejan o que me ordenan hacer Ustedes en su infinita sabiduría? Preguntó.

Los Grandes Abuelos respondieron: Utzil, hoy es el día más importante para la nación Kakchiquel y para la nación Quiché. Y para todas las naciones mayas. Y todo dependerá de ti. Hoy es el día en que tienes que tratar de realizar la proeza prometida a cambio de la cual nosotros, los Grandes Abuelos, y las Grandes Abuelas y el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra cumpliremos nuestra promesa de paz entre la nación quiché y la kakchiquel. Y para los mayas en general.

Anda pues a traer tu arco y las doce flechas que te ordenamos conseguir. Una flecha de cada uno de los pueblos que rodean el Lago de Atitlán. Una de cada pueblo que conforman tus dominios. Hoy mismo, cuando Tzuj Yaah juegue por las montañas y barrancos de Panimaché rodeando con su blanca niebla la Ciudad Sagrada de Tzololyá (Tz'ololya') nosotros lanzaremos al aire al mismo tiempo cuatro mazorcas de maíz, una de color oscuro, una de color blanco, una de color rojo y una de color amarillo. Los colores de las mazorcas de maíz representan los colores de la piel del hombre y la mujer y no a ellos mismos.

Tu hazaña ahora es cuatro veces más difícil que la que tenías que hacer en Kumarcaj (Q'umarkaj) y la que no lograste a causa de tu violencia. Con tus doce flechas deberás de desgranar completamente las cuatro mazorcas de maíz antes de que ellas caigan al suelo sin que un solo grano de maíz quede en ellas. Si lo logras nosotros cumpliremos inmediatamente nuestra promesa.

Ese día nuevamente el silencio lo cubría todo. No cantaban los cenzontles. No aullaban los coyotes. No silbaba el viento. Los pueblos mayas alrededor del Lago de Atitlán, ni los Kakchiqueles en la Ciudad Sagrada, ni los quichés de los pueblos asentados en Panimaché hacían el menor ruido. Algo los hacía sentir, sin saber, que algo grande estaba sucediendo o a punto de suceder. Todo era silencio.



Tzuj Yaah empezó su juego de la tarde a través de las montañas y barrancos de Panimaché y en pocos minutos la blanca niebla cubrió por completo la Ciudad Sagrada, los valles, los barrancos y las montañas. Nadie podía ver nada. Nadie oía nada. Sin saber que era o de que se trataba, en el ambiente solo se sentía la tensión que invadía al gran guerrero Utzil quien llevaba en su arco y sus flechas la responsabilidad de lograr la paz entre las naciones hermanas de los quichés y de los kakchiqueles. Utzil y los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra observaban por encima de la niebla el momento en que se diera inicio a la prueba a que sería sometido Utzil.

El vapor del agua del Lago de Atitlán y su suave y dulce briza, y Tzunun el colibrí, juntos, como tomados de la mano, se elevaron hasta lo más alto de las montañas. Como para ver el desarrollo de la hazaña. Eran Zacar y Toj, que unidos como hermanos mayas esperaban ansiosos a que diera inicio tan esperado evento.



¡De pronto, sin previo aviso el cielo se iluminó con cuatro rayos segadores cuya luz podía verse aún debajo de la blanca niebla que cubría la Ciudad Sagrada y Panimaché! ¡En la punta de cada uno de los cuatro rayos viajaba a gran velocidad una mazorca de diferente color! Una de color obscuro, una de color blanco, una de color amarillo y una de color rojo.



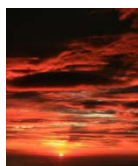
¡Por su instinto de gran guerrero y con la fuerza huracanada que lo caracterizaba Utzil de un solo salto se acercó lo más que pudo para colocarse en medio de los cuatro rayos para estar más cerca y a tiro para disparar con su arco las tres flechas que él había designado para desgranar cada una de las mazorcas de maíz!



¡Diestramente y por instinto disparó las primeras tres flechas a la mazorca de maíz blanco por ser la más difícil de ver en la luz cegadora y con cada impacto los maíces salían disparados hacia todos lados hasta que quedó completamente desgranada en menos de un segundo!



¡Inmediatamente Utzil se volvió a su izquierda y disparó otras tres flechas a la mazorca de maíz amarillo que era la segunda menos visible en la luz cegadora que producían los rayos que las transportaban! Igualmente al tercer impacto la mazorca quedó completamente desgranada.



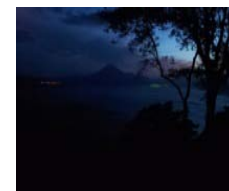
Se volvió de nuevo hacia su izquierda apuntando sus flechas hacia la mazorca de maíz rojo y sintió que su corazón casi salía por su boca con el temor que sus nervios lo traicionaran. ¡La mazorca de maíz de color rojo tenía como fondo el mismo rojo de los celajes del sol que ya se empezaba a ocultar! En una fracción de segundo Utzil volvió a adquirir la concentración que como gran guerrero le había caracterizado. Se olvidó de todo lo demás por un momento. Inclusive se olvidó de la otra mazorca de maíz de color obscuro que seguía cayendo a toda velocidad hacia la tierra. Enfocó sus ojos a la mazorca de maíz rojo y disparó su primera saeta. Inmediatamente disparó la segunda y la tercera flecha sin errar los impactos. Iba a voltearse inmediatamente para atacar la última mazorca cuando con dificultad pudo ver que aún tres granos de maíz rojo permanecían prendidos a la mazorca. ¡Sin pensarlo dos veces, tomó una cuarta flecha y la lanzó impactando en el centro de los tres maíces los que se desprendieron inmediatamente de la mazorca!



¡Utzil estaba consciente de haber gastado una flecha de más, por lo que ahora solo le quedaban dos!



Más veloz que el rayo que transportaba a la mazorca de color obscuro se desplazó hasta colocarse por debajo de ella. La obscuridad de la noche había empezado y no le permitía ver claramente la mazorca debido al color obscuro del maíz. Tomó la decisión de disparar a la base de la mazorca para sacudirla con un potente impacto para que se desprendieran todos los maíces por el golpe y así lo hizo. La flecha



golpeó la base de la mazorca y casi todos los maíces de color oscuro salieron despedidos por el aire. Menos dos. Uno en la punta del olote y uno más en la base.

¡La mazorca estaba a punto de tocar la tierra por lo que no había tiempo de pensar! Utzil tensó su arco lo más que pudo. ¡Apuntó al medio de la mazorca para proporcionarle otro gran impacto alcanzando a golpear la mazorca de maíz de color oscuro a unos cuantos milímetros antes de que tocara la tierra!

La obscuridad de la noche no permitió a Utzil saber que había sucedido, pero confiaba que el mayúsculo impacto proporcionado a la mazorca hubiera sido suficiente para desprender los dos granos de maíz restantes. Se retiró lento y cansado a su atalaya acompañado por Toj quien sin decir palabra alguna se limitó a darle una palmada en la espalda para luego retirarse.

Al llegar a su atalaya Utzil fue recibido también sin hablar pero con mucho amor por Zacar y Tzuj Yaah. Y allí esperó sin dormir la visita de todas las mañanas de los Grandes Abuelos y a las Grandes Abuelas.

Al primer rayo de sol los Grandes Abuelos estaban presentes en la atalaya de Utzil, quien al verlos se sintió desfallecer. Caminando despacio y con la cabeza cabizbaja y la mirada dirigida hacia el suelo, los Grandes Abuelos se acercaron a Utzil quien sentía que sus piernas temblaban y tan débiles que no podía sostenerse en pie y simplemente le dijeron: Fallaste. Un grano de maíz oscuro quedó prendido en la mazorca. Aquí está para que la veas....

Zacar solamente alcanzó a abrir desmesuradamente los ojos y abrazó a Tzuj Yaah consciente de lo que ello significaba para las naciones mayas y del dolor que esa noticia traía a su amado Utzil, quien al oír lo que dijeron los Grandes Abuelos, sintió que su corazón palpitaba descontroladamente, que la locura cubría su mente y la rabia su alma. Sin dar tiempo a más palabras se elevó por los aires y los pueblos que rodean al Lago de Atitlán pudieron ver el peor y más fuerte huracán que en su vida habían visto. Todos permanecieron juntos en la atalaya sin decir palabra. Hasta que los Grandes Abuelos se retiraron. No hubo sonidos alrededor del Lago de Atitlán ni en Panimaché más que los estruendos causados por Utzil.



Entrada la noche Utzil regresó agotado a su atalaya donde estaban dormidas Zacar y Tzuj Yaah. Se sentó a la par de ellas y permaneció triste y sin dormir hasta que lo alcanzó el otro día.

Con el amanecer llegaron de nuevo los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas, el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra, mientras que Utzil rehuía su mirada hacia ellos. Solamente miraba hacia abajo.

¡Levanta la cabeza y tu mirada Utzil, porque hoy las noticias que traemos son buenas! - dijeron los Grandes Abuelos -
Nada puede ser bueno hoy - Respondió Utzil -

Te equivocas, dijeron los Grandes Abuelos. Hemos pasado despiertos toda la noche con los Dioses, analizando, pensando y platicando. ¡Y todos estamos de acuerdo con que has puesto tu mejor esfuerzo, tu mejor voluntad, tu mejor habilidad y tu mejor deseo! ¡Y de eso se tratan las proezas! ¡Por lo tanto pensamos que has cumplido con tu parte! Utzil levantó la cabeza y los observó con una mirada desconcertada.

Además, un solo grano de maíz no puede ser el que arruine la vida de dos naciones, y la de sus generaciones. Nuestra cultura maya no lo permite. Y un solo grano de maíz no puede ser que sea suficiente para permitir los ataques a la Ciudad Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') y por lo tanto en el Gran Concejo hemos tomado la decisión que en este momento te hacemos saber.

¡Te liberamos de tu responsabilidad de cuidar y proteger la Ciudad Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') la cual no seguirá siendo desde este momento la Ciudad Sagrada de los Kakchiqueles, sino que será la Ciudad Sagrada de todos los hombres y de todas las mujeres sin importar su color y su raza! ¡Será de los que amen y respeten la cultura Maya! ¡Será la Ciudad Sagrada de aquellos que sin importar de donde ellos sean, amen y respeten el Lago de Atitlán, sus volcanes, su flora y sus animales! ¡Y en especial, será la Ciudad Sagrada de aquellos que respeten a los hombres, a las mujeres y a los niños y niñas sin importar su color, su raza, o de cuál sea su religión!



La Ciudad Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') no solo será sagrada. También será la Ciudad Mágica. Porque para protegerla hemos decidido que Tzuj Yaah, tu hija, con su blanca y espesa niebla evitará que la ahora Ciudad Mágica y Sagrada pueda ser vista por cualquier persona. Muchos pasaran a su par y no la podrán ver. Muchos pasarán por en medio de ella y no se darán cuenta. Muchos la tendrán enfrente de ellos y no lo sabrán. Algunos la verán pero no la comprenderán y la olvidarán rápidamente.



Sitio arqueológico Semetabaj



San Andrss Semetabaj

La blanca niebla de Tzuj Yaah solo se despejará ante aquellas personas de corazón puro y de buenas intenciones. Se despejará ante las personas que amen la honradez, ante los que amen el trabajo y especialmente ante los que amen la paz, porque esa será desde ahora la magia de la Ciudad Sagrada y sólo esas personas podrán verla y comprenderla y jamás la olvidarán.



San Andres Semetabaj



¡La blanca niebla de Tzuj Yaah seguirá cubriendo la Ciudad Mágica y Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') y Panimaché, y así pasara mucho tiempo hasta que llegue la nueva era y entonces la blanca niebla desaparecerá y se verá germinar los granos de maíz de color blanco, amarillo, rojo y oscuro que han sido esparcidos sobre la tierra de Panimaché y la Ciudad Mágica y Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') por tus flechas cuando desgranaron las cuatro mazorcas y que representan los colores de los hombres y el de las mujeres del mundo!



¡Y de todos esos granos de todos esos colores brotarán los grandes hombres y las grandes mujeres que despertarán nuestra gran cultura ancestral y en un ambiente de paz, de convivencia y de respeto con los hombres y mujeres de gran corazón que puedan ver la Ciudad Mágica y Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá') la mostrarán con orgullo ante todos los hombres y mujeres de todo el mundo! ¡La mostrarán con orgullo ante todas las naciones del mundo! ¡Pero lo más importante, la mostrarán orgullosos todos juntos como la herencia de sus hijos y nietos! ¡La mostrarán con orgullo como un homenaje a sus Grandes Abuelos y a Sus Grandes Abuelas!



Los Grandes Abuelos y las Grandes Abuelas se despidieron con éstas últimas palabras: A partir del momento en que nos retiremos encomendamos a Ustedes, el bondadoso Utzil, la dulce Zacar, la tierna Tzuj Yaah y al fuerte Toj, el cuidado y la protección ya no solo de la Ciudad



Mágica y Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá) sino de todos los pueblos que rodean el Lago de Atitlán, sus volcanes, sus montañas, sus valles, su flora y de sus animales. Y por supuesto del propio lago.

Por nuestra parte, nuestra promesa será cumplida. En la nueva era maya, la cual está muy cerca ya, Quichés, Kakchiqueles y Tzutujiles vivirán en paz y ya no habrá más guerras entre hermanos. Quichés, Kakchiqueles y Tzutujiles podrán vivir en armonía en medio de la Ciudad Mágica y Sagrada de Tzololyá (Tz'ololyá). ¡Y si los hermanos grandes viven en paz todos los hermanos pequeños también lo harán!

Y nosotros, sus Grandes Abuelos y sus Grandes Abuelas estaremos prestos a acudir cuando Ustedes nos invoquen o nos necesiten. Estaremos prestos a interceder por Ustedes por sus anhelos ante los Dioses y ante el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra cuando así nos lo pidan con su corazón y con su alma. Les dejamos nuestra paz y nuestro amor. ¡Compártanlo!

FIN

JOSÉ GONZÁLEZ GODOY
jgonzalezgodoy@gmail.com